

por mejor decir, sobreviviendo á Jesucristo. Porque María, continúa el Santo, amó mas á su hijo que todos los otros, por eso sintió mas dolor, viéndole padecer; en tanto grado, que la violencia de su dolor penetró toda su alma de parte á parte. En los otros mártires, dice san Bernardo, el grande amor que tenían á Dios, aliviaba el dolor que les causaban sus tormentos; pero en María, el amor extremado con que amaba á su hijo, hacia su martirio; y como amó á Jesucristo mas que todos los santos juntos, su martirio fue mas amargo y mas doloroso que el de todos ellos. *In aliis martyribus magnitudo amoris dolorem lenivit passionis; sed beata Virgo quanto plus amavit, tanto plus doluit, tantoque ipsius martyrium gravius fuit.* La pasion dolorosa del hijo fue con todas sus circunstancias la pasion dolorosa de la madre.

Con solo mirar á Jesucristo en la cruz se consolaban todos los mártires; pero respecto de la santísima Virgen, este triste objeto era su mas doloroso martirio. Jesucristo consolaba y aun llenaba de gozo interior á todos los mártires en medio de los mas crueles tormentos; y algunas veces llegaba hasta suspender en su favor la actividad del fuego en las calderas de plomo derretido, y en los hornos encendidos; pero respecto de la Virgen santísima, Jesucristo padeciendo y muriendo, es el mayor suplicio de su Madre; es para élla, dice san Bernardo, un mar de amargura en que está anegada. Juzgad de la grandeza del dolor, dice el santo Abad, por lo grande del amor: élla sola padeció mas en su alma que todos los mártires juntos padecieron en su cuerpo: *Juxta magnitudinem amoris erat vis doloris, &c.* Ciertamente, dice san Bernardino de Sena, el dolor que la santísima Virgen padeció viendo espirar á su querido hijo en la cruz fue tan vivo, tan extraordinario y tan grande, que si se hubiera repartido entre todas las criaturas capaces de sentir, no hubiera habido una que no hubiera muerto de dolor con sola la porcion que la hubiera cabido. El amor tierno y compasivo, dice Arnaldo de Chartres, hacia en el alma de María lo que los clavos, los azotes, las espinas y la lanza hacian en el cuerpo adorable del hijo. Tu hijo, Virgen santísima, padeció en el cuerpo, y tú en el alma, exclama san Buenaventura; pero todas las llagas que estaban divididas en

cada miembro de su cuerpo, se hallaban juntas en tu corazon: *Singula vulnera per ejus corpus sparsa, in tuo corde sunt unita.* ¡O, y cuánta verdad es, santísima Virgen, concluye san Bernardo, que tu alma fue verdaderamente traspasada de una espada de dolor! Como la santísima Virgen padeció un tan doloroso martirio, al cual con razon se le ha dado el nombre de pasion, por el amor y la salvacion de los hombres, en todos tiempos han tenido los fieles la particular devocion de honrar esta pasion de la santísima Virgen, baxo el título de nuestra Señora de las Angustias, baxo el de la Compasion de nuestra Señora, baxo el de los Dolores de la santísima Virgen; cuya fiesta está aprobada por la santa Sede: en toda España se reza de élla con oficio propio, y tambien en muchas diócesis de Italia y de Francia.

§. XXIV.

*La santísima Virgen al pie de la cruz
de su querido hijo.*

Estaba junto á la cruz de Jesus, María, su madre, dice el evangelio: era uno mismo el sacrificio, digámoslo así, uno mismo el holocausto de hijo y madre; ofrecíanse y padecian entrámbos á un mismo tiempo, dice Arnaldo de Chartres: *Omnino unum erat Christi, et Mariæ holocaustum.* El amor hacia el oficio de sacrificador: el amor inmolaba á Jesus á su Padre sobre el altar de la cruz por la expiacion de los pecados de todos los hombres; y el amor inmolaba á Maria al pie de la cruz, haciéndola sufrir todos los oprobios y dolores que padecia su querido Hijo. Pero lo que puso el colmo á este incomprensible dolor, y lo que fue como la espada que atravesó el alma de esta afligida madre, fueron las últimas demostraciones de ternura que la dió su querido hijo antes de espirar en la cruz. Sus últimas palabras renovaron, por decirlo así, todas las llagas de que el corazon de esta madre moribunda estaba ya traspasado, y aquel mar de amargura en que su alma estaba como anegada.

Viendo Jesus al pie de la cruz á su madre y al discí-

pulo á quien amaba, dixo á su madre: *Muger, ahí tienes á tu hijo* (hablaba de san Juan). Despues dixo al discípulo: *Ahí tienes á tu madre* (hablaba de la santísima Vírgen); y desde antonces el amado Discípulo, por estas palabras que eran como el testamento y última voluntad de Jesus moribundo, hecho hijo adoptivo, digámoslo así, de la santísima Vírgen, la miró siempre como á su querida madre, hizo con ella todos los oficios de hijo, y la cuidó con el esmero que un hijo debe cuidar de una madre como María.

Los santos PP. descubriendo todo el misterio de estas palabras de Jesucristo, dicen que estando para morir el Salvador, declaró á la santísima Vírgen por madre de todos los fieles, los cuales desde entonces quedaron hechos hijos adoptivos de María en la persona de san Juan; y por consiguiente, el Salvador en su testamento y por su última voluntad dexó á la santísima Vírgen por abogada, protectora y madre de toda la Iglesia. San Juan Crisóstomo dice que el Salvador en esta ocasion no quiso llamar á María con el tierno nombre de madre, por no avivar mas su dolor, dióla solo el nombre de *muger*, que es un término mas genérico. Algunos santos padres añaden que el Hijo de Dios no la llamó entonces con el nombre de madre, por no irritar contra ella el furor de los verdugos, y porque este nombre atraxese sobre ella algunos malos tratamientos de parte de aquellos impíos.

Muchos intérpretes son tambien de parecer que Jesus llamó entonces á su madre con el nombre de *muger*, *mulier*, por respeto, como lo habia hecho en las bodas de Caná; porque el nombre de *mulier* en hebreo es, como ya se ha dicho, un nombre de honor y de respeto, que significa lo mismo que el nombre de madama entre los franceses, y el de señora entre nosotros. En efecto, se ve que siempre que el Salvador habla con su Madre delante del pueblo y en público, se servia de este término respetuoso mas bien que del de madre. Finalmente, otros piensan que como todo era misterioso en la consumacion de aquel gran sacrificio, quiso Jesucristo darnos á entender que su Madre era aquella segunda muger, que debia reparar, digámoslo así, baxo el árbol de la cruz, por la muerte de su hijo, todo el mal que la primera muger ha-

bia hecho baxo el árbol fatal que ocasionó su desobediencia, origen funesto de todos nuestros males.

§. XXV.

Al instante que Jesucristo resucita se aparece á su querida Madre.

Luego que la santísima Vírgen vió espirar á su querido hijo en la cruz, y que la grande obra de nuestra redencion se habia consumado ya por el sangriento sacrificio del Redentor de todos los hombres, se retiró á Jerusalem á casa de María, madre de Márcos, en donde se cree que el Salvador habia celebrado la última cena con sus apóstoles. Pasó allí los tres dias antes de la resurreccion en una sublime y continua contemplacion de todos los misterios que acababan de cumplirse, y de todos los que se habian de cumplir despues. No se debe dudar que al punto que resucitó Jesucristo se apareció á su querida madre, para indemnizar abundantemente con el indecible gozo de que la llenó entonces de todo lo que habia padecido durante su pasion: la prueba de esta verdad es que en toda la historia tan individual de la resurreccion del Salvador y de sus apariciones no se dice haberse aparecido á su Madre; y es claro que si María no hubiera sido favorecida con la primera aparicion del Salvador, no hubiera dexado este Señor de distinguirla la primera vez que se apareció á todos sus discípulos juntos, con los cuales se hallaba tambien la santísima Vírgen.

Manda el Salvador á Magdalena y á las otras santas mugeres, á quienes se apareció inmediatamente despues de su resurreccion, que vayan á decir á todos sus discípulos, y á Pedro en particular, que ha resucitado: ¿no las hubiera mandado tambien que llevaran esta nueva á su querida Madre, si el mismo Señor no se la hubiera llevado primero? Y si le pregunta, dice san Anselmo, ¿por qué la Iglesia no hace mencion de esta aparicion privilegiada hecha á la Madre de Dios? Porque el evangelio, responde el Santo, nada dice que sea inútil y superfluo; y sería inútil decir que la primera aparicion del Salvador

resucitado fué á su querida Madre antes de aparecerse á las otras mugeres y á sus discípulos; pues no se puede pensar en su calidad de madre, en la ternura con que amaba á su querido hijo, en lo mucho que habia padecido en su pasion, y en la ternura que el Salvador la profesaba, sin quedar convencidos á que María vió la primera á su adorable Hijo resucitado, al modo que hubiera sido superfluo, añade el mismo Padre, decirse en el evangelio, que Jesucristo amaba tiernamente á su madre; y así el evangelio nada habla de este amor tierno, siendo así que habla tantas veces de la predileccion de Jesus á san Juan. Y si este amado Discípulo dice que nuestro Señor se apareció primero á Magdalena, esto debe entenderse, dice el abad Ruperto, respecto de los testigos que Dios habia elegido para publicar por el mundo el gran misterio de la resurreccion, como se dice en las Actas de los apóstoles: *Dedit eum manifestum fieri testibus preordinatis à Deo*. Le resucitó Dios al tercero dia, y le hizo ver á los que estaban destinados por Dios para testificar y predicar su resurreccion á toda la tierra.

Si no ha sido posible expresar cuál fué la afliccion y el dolor de la santísima Virgen en la afrentosa muerte de Jesucristo, su querido hijo, todavía lo es ménos el hacer sentir cuál fue el gozo inefable de esta bienaventurada madre en la gloriosa resurreccion del Salvador del mundo. Todo lo que se puede decir, y lo que todo el mundo comprende bastantemente, es, que si el corazon de la santísima Virgen estuvo sumergido en un mar de amargura mientras duró la pasion de Jesucristo, su triunfante resurreccion llenó su alma, y la inundó de una alegría incomprendible. No se duda que gozó de la presencia casi continua de este divino Salvador todos los cuarenta dias que precedieron á su ascension gloriosa á los cielos. No solo tuvo el consuelo de verle todas las veces que se apareció á todos los discípulos juntos, sino que otras muchas tuvo el gusto de hablar familiarmente con él en sus apariciones particulares; y se puede decir, que desde entonces gozó de aquel torrente de delicias y de gozos celestiales en que los bienaventurados están como inundados en el cielo; y aunque como moradora de la tierra estaba en cierto modo en un pais extranjero, y como en un lugar de

destierro, es cierto que gustaba á su satisfaccion de las dulzuras de la patria celestial.

§. XXVI.

La santísima Virgen está presente á la ascension de Jesucristo á los cielos.

Pasados cuarenta dias despues de la resurreccion, la santísima Virgen, que habia vuelto á Jerusalem para estar presente á la triunfante ascension de su querido Hijo á los cielos, le acompañó con todos sus discípulos al monte Olivete, que era el lugar que Jesucristo habia elegido para subir de él á los cielos, é irse á sentar á la diestra de su Padre. En la cima de este famoso monte fue donde, despues de haber dado el Salvador sus últimas instrucciones á toda aquella santa congregacion, despues de haberles echado su bendicion, y haber dado á su querida Madre todas las pruebas de distincion y de la mas afectuosa ternura, se elevó lentamente de la tierra hácia el cielo, teniendo todos los circunstantes clavados los ojos en él, hasta que una nube luminosa le robó de su vista.

Nuestro espíritu es demasiado limitado, y demasiado débiles nuestras expresiones para hacer comprender, y para concebir nosotros mismos cuáles fueron los sentimientos y afectos de Hijo y Madre al tiempo de su separacion. Todo lo que se puede decir es que el cuerpo de María se quedó acá baxo, pero que su corazon se subió con Jesucristo á los cielos. Retiróse despues con los apóstoles al cenáculo para esperar la venida del Espíritu santo, la que es cierto aceleró esta Señora con sus ardientes deseos y fervorosas súplicas. Recibióle diez dias despues con una nueva plenitud, que la llenó de una superabundancia de gracias y de dones.

Una alma de las mas santas, y dotada de un don de contemplacion muy sublime ha dexado escrito, que la llama maravillosa, baxo cuya figura se apareció el Espíritu santo el dia de Pentecostes, descansó al principio toda entera sobre la cabeza de la santísima Virgen, y que despues se dividió en otras tantas lenguas de fuego, cuantas

eran las personas que había en el cenáculo; sobre la cabeza de los cuales se fueron á poner dichas lenguas. Esta circunstancia, que parece muy verosímil, es un símbolo bien expresivo para hacer conocer que la sagrada Virgen recibió élla sola en aquel dia tantas gracias y dones del Espíritu santo, como todos los otros juntos; esta Señora tenia, sin disputa, disposiciones interiores mas excelentes que todos, y como el Padre Eterno había distinguido á María desde su inmaculada concepcion por una predileccion tan conocida, como á su hija querida; y como el hijo la había distinguido como á su amada madre, infundiendo en su alma un maravilloso conjunto de todas las gracias; era justo, dicen los santos padres que el Espíritu santo la distinguiese tambien como á su esposa, derramando en élla sobreabundante plenitud de sus dones.

Los padres de la Iglesia no dudan que el motivo de haber dexado Dios todavía muchos años á la santísima Virgen sobre la tierra, despues de la gloriosa ascension de su divino Hijo á los cielos, fue para que fuese madre de la Iglesia recién nacida, y sirviese del más dulce consuelo á los discípulos y á los apóstoles, á los que había prometido Jesucristo que no los dexaria huérfanos. Si fue un dulce consuelo y un gran motivo de gozo para la Madre de Dios ver el prodigioso número de milagros que los apóstoles y discípulos obraban todos los dias en el nombre de Jesucristo, y saber la rapidez con que el reyno de Jesucristo, es decir, la Iglesia, se extendía por todo el mundo; este gozo no dexaba de estar mezclado de amargura, pues sabia el furor con que todas las potestades del mundo se desencadenaban contra los discípulos de Jesucristo. Judíos y paganos, todos se conjuraron para ver como habian de sofocar la Iglesia recién nacida en su misma cuna. Es verdad que no ignoraba María que todas las potestades de la tierra y del infierno no prevalecerian jamás contra élla; sabia asimismo, que la sangre de los mártires había de ser como la semilla de los cristianos, y esto la servía de un gran consuelo.

Permaneció la santísima Virgen en Jerusalem hasta que los apóstoles fueron precisados á salir de dicha ciudad con motivo de la cruel persecucion que se movió contra los fieles hácia el año 44 de Jesucristo; entonces

san Juan, que la tenia consigo y la miraba siempre como á su querida madre, la llevó á Efeso. No se sabe el tiempo fixo que se detuvo en esta ciudad; pero es cierto que volvió á Jerusalem antes de su preciosa muerte.

Toda la vida de la santísima Virgen, especialmente despues de la gloriosa ascension de Jesucristo á los cielos, no fué otra cosa que una continua oracion y una union íntima con Dios; la que no fue jamás interrumpida por accidente alguno en todo el tiempo que vivió esta incomparable Virgen. Pasó todos sus dias en un dulce retiro; su corazon estaba siempre en los cielos, en donde estaba su tesoro, y abrasada continuamente en el mismo fuego que abrasa á los serafines. No se duda que comulgaria todos los dias; porque ¿cómo era posible que una alma tan pura y tan santa fuese privada de aquel pan de los ángeles, que era el alimento sagrado y diario de los fieles en aquellos primeros dias de la Iglesia? Es cierto que cada comunión iba acompañada de un éxtasis, que no la dexaba nada que envidiar á los que estaban ya en la mansion de los bienaventurados. Todos los fieles recurrían á élla en sus necesidades espirituales; y no se duda que los mismos apóstoles la consultarían frecuentemente, y se aprovecharían de sus luces sobrenaturales; esto es lo que movió al sábio Idiota á decir, que María enseñaba á los doctores, y que era maestra de los mismos apóstoles: *Doctrinam doctorum, magistram apostolorum.*

Talis fuit Maria, dice san Ambrosio, *ut ejus unius vita omnium sit disciplina.* María santísima no fue como ciertas almas escogidas, en quienes vemos relucir solo ciertas virtudes, á las que se limitan, y en las que consiste todo su mérito. Estudiemos la vida de la Madre de Dios, y hallarémos que es una lección universal de todas las virtudes y para todos los estados: arreglando nuestra conducta por la suya, aprenderémos á ser fieles á Dios, á ser equitativos hácia el próximo, á amar la pureza, y á vivir con una grande inocencia: aprenderémos á amar á Dios sobre todas las cosas, á aborrecernos á nosotros mismos, á ser humildes, modestos, obedientes y devotos. Los padres y madres aprenderán á gobernar y reglar sus familias, y á criar sus hijos cristianamente; todos, en fin, aprenderán amar á Dios y á aborrecer al mun-

do, al espíritu del mundo y á las máximas del mundo. El abad Ruperto, en el libro primero sobre los Cantares, dice que la santísima Virgen se puede llamar la fuente de los jardines y el pozo de aguas vivas: *Fons hor-torum, et puteus aquarum viventium*; y añade, que con sus luces suplía lo que el Espíritu santo, que se habia dado con medida á los discípulos, no habia querido descubrirles; y los santos padres convienen todos en que san Lucas aprendió de la santísima Virgen aquella admirable descripción de muchas circunstancias particulares de la niñez de Jesucristo, que nos refiere en los primeros capítulos del evangelio que escribió. A la verdad, ¿quién estaba mejor instruido que María de todo lo que mira á la vida de su querido Hijo?

§. XXVII.

*Ultimos años de la vida mortal
de la santísima Virgen.*

Es cierto que toda la vida de la santísima Virgen fue una serie continuada de maravillas, y que fue todopoderosa sobre la tierra, como lo es al presente en el cielo por el valimiento que logra con Dios. Toda su vida tuvo el don de milagros en un grado mucho mas excelente que le han tenido todos los santos. ¿Qué de curaciones milagrosas no obraría! ¿Qué favor, qué efecto maravilloso rehusó Dios jamás á sus solos deseos, á la menor insinuacion de su voluntad y á su palabra! Todo el inferno la miraba con terror, ¿y podía toda la naturaleza no obedecer á la Madre de Dios? ¿Había una pura criatura tan santa y tan agradable á los ojos de Dios como María? ¿había quién fuese tan poderosa para con Dios? Si no tenemos una relacion pasmosa de sus milagros, ni una historia de todos los prodigios que obró durante su vida, es porque á la verdad su eminente santidad, su augusta é incomparable dignidad de Madre de Dios no tenían necesidad de este realce, ni de estos hechos maravillosos para merecer nuestra veneracion y autorizar nuestro culto.

Los milagros son unas obras de la omni potencia de

Dios, y unos efectos extraordinarios y maravillosos sobre las fuerzas de la naturaleza, los que hace Dios para manifestar su amor ó su poder sin límites; y muchas veces para manifestar el mérito y la gloria de los santos; por eso no se canoniza ningun santo, sin que antes se hayan verificado sus milagros. La santísima Virgen no tuvo necesidad de este testimonio, su inmaculada concepcion, y lo que la fe nos enseña de la eleccion que el Señor hizo de ella para ser madre de Dios, la plenitud de gracias y dones del Espíritu santo que poseyó, en fin, lo que sabemos de su maternidad divina, todo esto brilla bastante por sí mismo, sin que sea necesario añadirla ningun lustre extraño. Esto sería añadir á la mas brillante luz del sol de mediodia el débil vislumbre de una candela. La santísima Virgen pudo resucitar muertos, sanar mudos, dar vista á ciegos, librar endemoniados, y curar repentinamente todo género de enfermedades: es tambien mas que probable que lo hizo; pero aun cuando jamás hubiera hecho ninguno de estos milagros durante su vida, élla misma fué, dice san Bernardo, el milagro mas extraordinario y mas estupendo de todos los milagros: *Miraculum miraculorum*. En efecto, ¿qué podrían manifestarnos, que podrían publicar todos los milagros, que iguale á la idea de santidad que nos dicen estas palabras del evangelio (*Matth. 22.*): *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo? Ved aquí en pocas palabras el elogio mas completo que se puede hacer de la Madre de Dios; estas dos palabras encierran en sí la idea mas noble, mas sublime y mas cabal que se puede formar de la grandeza, del mérito y de la eminente santidad de la santísima Virgen.

Habiendo tenido la santísima Virgen el consuelo de ver extendida la Iglesia casi por todo el mundo, á pesar de la mas crueles persecuciones que el inferno levantaba contra los fieles, vió con el mayor gozo acercarse el dichoso dia en que debia ir á juntarse con su querido Hijo en el cielo. La opinion mas generalmente recibida en la Iglesia es que la santísima Virgen tenia quince ú diez y seis años cuando el Verbo divino se hizo carne en su seno; que vivió veinte y tres años despues de la ascension de Jesucristo á los cielos, lo que junto á los treinta y tres

años que vivió el Salvador sobre la tierra, hace los setenta y dos años que vivió la santísima Vírgen.

Algunos antiguos padres, y entre otros san Epifanio, parece dudan si la Madre de Dios murió verdaderamente ó si permaneció inmortal, y fue llevada en cuerpo y alma á los cielos. Su concepcion inmaculada y su maternidad divina parece autorizan esta duda, la que se les representaba bastantemente fundada. Pero la Iglesia dice claramente en la oracion de la misa del dia de la Asuncion, (y este es el comun sentir de toda la Iglesia) que la santísima Vírgen murió verdaderamente segun la carne: *Quam pro conditione carnis migrasse cognoscimus*. Y ciertamente, no habiendo querido Jesucristo dispensarse de morir, no se podia creer que María hubiera sido exenta. Es verdad que san Juan Damasceno con algunos otros santos padres dice, que su tránsito no se puede llamar muerte, sino mas bien un dulce sueño, una union mas íntima con Dios, y un pasar de una vida mortal á una inmortalidad bienaventurada; y la mayor parte de los antiguos, al tratar de la muerte de la santísima Vírgen, han intitulado sus obras: *De Dormitione*, del sueño de la santísima Vírgen.

En efecto, quien rompió los lazos naturales que tenían unida el alma con el cuerpo, no fue ni lo caduco de la vida, ni la inclinacion de la edad, ni la violencia de la enfermedad, ni la alteracion y trastorno de los humores, ni un desfallecimiento de la naturaleza, dicen los santos padres; quien hizo esta separacion por algunas horas fue el fuego del puro amor divino. Fue necesario un milagro continuo, dice san Bernardo, para que los lazos naturales, que unen el alma con el cuerpo, pudiesen subsistir en medio del fuego ardiente del amor divino, de que el alma de la santísima Vírgen estaba abrasada desde el primer instante de su inmaculada concepcion. En su muerte suspendió Dios este milagro; y ved aquí cuál fue la causa de esta preciosa muerte. Llegados que fueron el dia, la hora y el feliz momento que la santísima Vírgen debia acabar esta vida mortal, no suspendió el Señor el efecto de aquel fuego sagrado, le dexó obrar segun toda su fuerza sobre aquel corazon sin mancha, y sobre aquel santuario del amor divino. Entonces, no pudiendo este santo

corazon sostener por mas tiempo sus esfuerzos, abrasado y consumido con aquellos divinos ardores, terminó sin dolor la mas pura y la mas santa de todas las vidas. La santísima Vírgen, abrasada en el fuego del amor divino, no vivió sino por milagro, segun el pensamiento de san Bernardo, y solo cuando cesó este milagro, acabó sus dias. O la santísima Vírgen no debia morir, dice san Ildefonso, ó si habia de morir, habia de ser de amor.

§. XXVIII.

Muerte feliz de la santísima Vírgen.

Sucedió esta preciosa muerte en Jerusalem en casa de María, madre de Márcos, en donde estaba hospedada. Informada la santísima Vírgen del dia y hora en que habia de dexar la tierra para ir á vivir eternamente en el cielo, lo hizo saber á los fieles que estaban en Jerusalem. Esta nueva los afligió; porque, en fin, despues de la ascension del Hijo de Dios, María, madre de Dios, era todo el consuelo de la Iglesia. San Juan, feliz depositario de este tesoro, no la dexaba un punto; antes bien procuraba mas que nunca hacer con ella todos los oficios que el mas amante de todos los hijos podia tributar á la mas querida de todas las madres. Estaba sentada María en una pequeña cama, desde donde consolaba á todos los fieles que estaban presentes, y á quienes tenia inconsolables el pensamiento de una separacion tan amarga. Aseguróles que así como Jesucristo era su soberano y todopoderoso mediador con el Padre eterno, así ella sería su soberana y todopoderosa mediadora y abogada con su hijo en la feliz mansion de la gloria.

Mientras que todos los fieles se apresuraban por ir á recibir su última bendicion, se viéron llegar á la sala, por un prodigio de que sola la santísima Vírgen sabia el secreto, todos los apóstoles, menos santo Tomás, y tambien algunos de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo; los cuales se encontraron transportados milagrosamente á la sala donde estaba la Vírgen, para tributar los últimos obsequios á la Madre de Dios, á la cual honraban y amaban todos como á su querida madre. San